



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA SABIDURÍA

Saber, sabor, sabiduría. Una bella relación. Etimológicamente, sabiduría es la capacidad de saborear bien las cosas, de captar su íntimo secreto. Para los antiguos filósofos griegos era el tipo de conocimiento más perfecto, superior a la ciencia porque trataba de temas eternos y trascendentales: Dios, el Ser, las Ideas. Pero, sorprendentemente, la actual psicología norteamericana ha recuperado esa palabra para denominar la inteligencia práctica, la encargada de dirigir bien

la vida, de resolver los problemas que afectan a la felicidad y a la dignidad de las personas. Y esto me parece una gran iniciativa, porque vivir es la gran asignatura. O, mejor dicho, vivir bien.

Algo hemos hecho mal cuando progresamos continuamente en el campo científico, económico y tecnológico, pero estamos estancados en nuestro modo de resolver problemas afectivos, sociales o políticos. Vivimos en un mundo tecnológicamente sofisticado y emocionalmente primitivo. Vivimos en un mundo supertecnificado, con un sistema emocional primitivo. La violencia continúa siendo la última solución. Imagínense lo que hubiera sucedido si en vez de poner como objetivo central de la inteligencia el conocimiento y la verdad, hubiéramos elegido la justicia y el bien. ¿Qué tipo de humanidad hubiéramos hecho? Mucho mejor, no me cabe duda.



Raúl

La sabiduría está por encima de la ciencia. Tenían razón los griegos, pero no por las razones que decían. No es porque sea un conocimiento de realidades superiores, sino porque trata de guiar bien la acción. He dedicado estos últimos meses a diseñar los programas de una universidad para padres (universidaddepadres.es), y al estudiar cuál debería ser el objetivo de la educación he tropezado una y otra vez con asuntos prácticos. Lo que necesitan nuestros niños es aprender a elegir bien sus metas, a deliberar sabiamente, a tomar decisiones, a enfrentarse con los problemas, a

CREO QUE LOS MIEMBROS DE UNA TRIBU AFRICANA TENÍAN RAZÓN: EL SABIO ES EL HOMBRE BUENO

ser fuertes sin ser insensibles, a establecer vínculos afectivos profundos y felices, a disfrutar de las cosas buenas y bellas. Sin duda alguna, una de esas metas puede ser dedicarse a la ciencia, pero es sólo una de ellas. Es absurdo que los test de inteligencia valoren más saber resolver ecuaciones diferenciales que saber organizar una familia feliz o una

sociedad justa. Por eso me parece importante reivindicar la idea de *sabiduría*, y también la idea de *bondad*, que es correlativa. En efecto, el sabio es el hombre bueno.

Cada vez que digo que la bondad es la gran creación de la inteligencia, mis colegas me miran como si estuviera loco. ¿Qué piensan entonces, que el inteligente es mister Madoff, el gran estafador? No, dirán, porque ha fracasado. ¿Y si hubiera triunfado, y si se hubiera salido con la suya? Hay que pensar bien la contestación, porque la idea que tengamos sobre lo que es la inteligencia va a determinar gran parte de nuestra educación y de nuestra cultura. Hace años, se hizo un estudio comparando la idea que tenían los universitarios americanos y los habitantes de una tribu africana sobre qué es ser inteligente. Estaban de acuerdo en casi todo, salvo en una cosa. Los africanos pensaban que una persona mala no podía ser inteligente. Los universitarios decían que sí. ¿Quién tenía razón? Creo que los africanos –sin duda menos científicos– eran más sabios. ■